

[Fuente: *Revista Española del Pacífico* no. 12, 2001]

Reseña del libro

Crónica del pájaro que da cuerda al mundo

Título original: *Nejimaki tori Chronicle* (1994)

Haruki Murakami

Traducción del japonés por Lourdes Porta y Jun'ichi Matsuura

Tusquets. Colección Andanzas. 2001. 683 p. (3.900 pts., rústica)

Alfonso Falero

Universidad de Salamanca

“Crónica del mundo según Murakami”

“- Me da la impresión de que debía de creer que, llevando una vida normal, todo tenía que salir bien por sí solo. Claro que, por lo visto, no me ha ido tan bien como esperaba, ¿verdad?” (679). Okada Toru, varón de edad mediana, casado felizmente y con una posición laboral un tanto mediocre pero estable. Hablar de él es como hablar del japonés *medio*, o si queremos de nosotros mismos. Nos une el punto de partida y el punto de llegada. Partimos de la *normalidad* para encontrarnos irremisiblemente desplazados de ella y después de algunas peripecias volver a recuperarla. Pues no hay para la mayoría de nosotros espacio vital fuera de la normalidad. La diferencia es que al recuperar la normalidad ésta deja de ser el reino del autoengaño, el mundo de las apariencias, de la más absoluta mediocridad, para convertirse en el espacio del reencuentro consigo mismo y con los demás. Se trata de una experiencia que nos puede ocurrir una vez y entonces cambia nuestras vidas desde la raíz, como en el caso de Okada, o puede ser menos intensa pero repetirse cíclicamente. De la opción A surge la narración del viaje iniciático, plagado de claves secretas, incógnitas, oscuridad y atisbos de luz o ráfagas cegadoras, en definitiva la escenificación de la eterna lucha en nuestro mundo, en nuestro interior, entre luz y tinieblas. De la opción B surge un relato ritual también, pero estacional, donde el cambio de estaciones suele acompañar metafóricamente al protagonista.

Okada no encuentra iluminación en el cielo diáfano o despejado del mediodía, la encuentra en la noche iluminada por el astro selénico. Sus momentos de luz están acompañados por el fulgor del cielo nocturno. Para ello, para encontrar las respuestas a las preguntas que él no ha formulado, pero que desde fuera le amenazan con la anihilación, Okada no tiene otra opción que iniciar el viaje. Pero ¿a dónde? Lógicamente Okada no sabe dónde va. No sabe ni por dónde empezar.

Afortunadamente para él la realidad, la *otra* realidad acude en su auxilio. Levemente, imperceptiblemente su corazón empieza a guiarlo. Y a ésta guía la acompañan sus ángeles guardianes (*kami* diríamos en Japón), desconocidos hasta entonces en su mayoría, y cumplen su misión de proporcionarle las claves, las guías externas mínimas pero suficientes para resolver el enigma. Son personajes ellos mismos enigmáticos, desplazados del *centro* como él, fracasados como él, marginales, seres especiales pero no necesariamente anormales. Acabamos comprendiendo que el mundo que nos registra la crónica de Okada está formado de un número indefinido de personajes *irreales* por inverosímiles, pero absolutamente ciertos, vivos, personajes que exactamente igual que nosotros sólo luchan por sobrevivir sin ser engullidos por el magma aniquilador que llamamos *normalidad*.

En definitiva, la pregunta que nos encara a nosotros lectores es ¿qué es la normalidad? ¿dónde empieza y acaba la realidad? Comprendemos que nuestro empeño por mantenernos en el *comfort zone* de la normalidad hace aguas por todos lados, y nos vemos impelidos a acompañar a Okada en su viaje. Una vez iniciado ya no hay vuelta atrás, hay que llegar al final de las 683 págs. para encontrar una salida, para encontrar nuestra propia salida del laberinto de esta extensa novela.

Okada vuelve, recupera algo de lo perdido, lo más importante, su mujer. Pero algo ha muerto en el entretanto. Hay varias muertes en la novela, alguna natural, por la edad, otra espiritual mientras la vida sigue su curso, una trágica, la del cuñado de Okada, y otras simbólicas, psíquicas, la del antiguo yo de Okada, la del antiguo yo de su mujer, y la del antiguo yo del lector.

Novela de novelas, novela psicologista, novela iniciática, thriller existencial, crónica del Japón actual (con partes de novela histórica y de refinada crítica social), crónica del mundo. Los planos de lectura se entrecruzan dando lugar a una participación múltiple y variada por parte del lector. Tanto en el plano narrativo como semiótico Murakami demuestra un gran dominio del uso de la narración y sus mecanismos de construcción como técnica de comunicación. La historia nos la cuenta el mismo Okada, por lo que desde el principio se opera en nosotros esa magia de la narración en primera persona por la que el lector *encarna* al personaje, rompiendo la distancia natural entre dos seres diferentes, y obligándolo a vivir en el cuerpo y la mente del protagonista. Se trata de una técnica importada en la era Meiji por los novelistas románticos japoneses, reacios a su vez al naturalismo europeo. Pero a su vez su fidelidad descriptiva del mundo interior de los personajes produce un distanciamiento de éstos que genera un sentimiento de fatalidad que acabará dominando la denominada *novela del yo* de finales de Meiji y la era Taisho. Murakami está fuera del pesimismo que domina a la mayor parte de los grandes autores japoneses del siglo 20, y proverbialmente representado por Kawabata. Por el contrario, encontramos muchos signos reconocibles en nuestro

propio entorno europeo. Un cierto lenguaje desencantado pero a la vez abierto, crítico pero positivo, crítico pero sugerente, propio de la intelectualidad posmoderna.

La esperanza surge cuando descubrimos esas fisuras del mundo, esos *espacios intersticiales* diríamos en lenguaje derridiano. El mundo de que nos habla el cronista está estructurado en tres otros mundos: el mundo social que encuentra Okada en su antiguo trabajo, en los espacios urbanos por antonomasia, el mundo del bullicio, las aglomeraciones del centro de Tokyo, el mundo a que Okada no acaba de adaptarse, se le vuelve cada vez más ajeno y llega a convertirse en una amenaza para la misma integridad física. El mundo en definitiva que Okada abandona para no regresar, aunque de alguna manera no se pueda desligar del todo, pues Okada vive en Tokyo (en la tranquila zona residencial de Setagaya) y tiene que trabajar para subsistir, o así lo prevee, en cuanto se le acaben los pocos ahorros que le quedan. Tokyo opera semióticamente como una fuerza centrífuga que despidе a los personajes de la novela, pues su centro es un torbellino que acaba engullendo a todo aquel que se deja atrapar.

Pero en Tokyo Okada tiene acceso a otro mundo. Exiliado en su propia vivienda comienza a activarse otra dimensión. Extraños personajes llaman por teléfono o aparecen en su vida. Todos ellos están misteriosamente relacionados, a pesar de su gran diversidad y heterogeneidad, por un factor común: impulsan a Okada a tener la experiencia chamanística del *paso* a la otra dimensión. Para ello hay que encontrar el lugar adecuado, un lugar más fundamental, donde se toque fondo, y Okada lo encuentra en el *fondo* de un pozo. Aquí halla el espacio de la transición, una especie de pared gelatinosa que traspasa con su cuerpo astral para acceder a los resortes ocultos del mundo real. Y la otra dimensión que se alimenta simultáneamente está en el mundo onírico, con tan larga tradición en la literatura japonesa.

Murakami (1949) es un autor prolífico, activo en el panorama literario japonés de manera ininterrumpida desde finales de los 70, y en el internacional a partir de la traducción de su tercera novela galardonada con el premio Noma en 1981: *La caza del carnero salvaje* (*Hitsuji o meguru boken*, 1982), única obra de Murakami previamente traducida al castellano (Anagrama, 1992. Traducción del japonés del a su vez premio Noma de traducción Fernando Rodríguez-Izquierdo). Se trataba de una novela rupturista y apasionante, con muchos de los elementos que vuelven a aparecer en la *Crónica*. Narrada también en primera persona.

Como referencias literarias extranjeras para entender a Murakami se citan a Raymond Chandler, Raymond Carver (amigo personal de Murakami), Raymond Masssey, Raymond Queneau, y Lewis Carroll, Franz Kafka, J. D. Salinger, Paul Auster, Milan Kundera, Philip K. Dick (vid. reseña de El

País, Babelia, 2 junio 2001). Pero el secreto de Murakami no está en ninguno de ellos. Está en esa peculiaridad de la psique japonesa de asumir las mayores tragedias de la humanidad sumergiéndose “silenciosamente en un sueño efímero” (681). Su capacidad de olvido, y la ausencia del terrible sentimiento de culpabilidad que asola nuestras conciencias desde los tiempos edípicos. Murakami representa en la literatura japonesa una generación heredera y a su vez distanciada de la literatura de Oe. Hereda la voluntad de enfrentarse a sí mismo, sin máscaras ni excusas, para redescubrir la historia propia y colectiva, la que el gobierno y el discurso oficial no puede reconocer. Esa *identidad* que ya ha dejado de estar en la etnia o en la nación, y que se va gestando en el individuo: ¿japonés, occidental? los dos a la vez, pues el mestizaje cultural es la única verdadera seña de identidad del Japón contemporáneo. Pero la conciencia desgarrada y cruda de Oe está dejando paso en las generaciones más jóvenes a la búsqueda de un nuevo equilibrio, la recuperación de cierta ingenuidad, también frente al ya inviable pesimismo esteticista de Kawabata. La recuperación de la fe en sí mismo. En esa línea ha caminado la novela de Yoshimoto Banana, en los 80/90. Pero Yoshimoto ya es considerada en Japón *demodé*, y no así Murakami.

Una nota sobre la traducción. Hemos de celebrar la feliz convergencia de estos dúos de japonés/española (o viceversa) que traducen del original con precisión y soltura. Espero que el ejemplo cunda, y se animen otras parejas a hacer lo que traductores solitarios tienen más difícil. Animo también a que los traductores dejen de traducir palabras como *tatami*, y se encuentre un equilibrio, usando términos originales con liberalidad, antes que hacer traducciones forzadas. La convergencia cultural (globalización) está haciendo obsoletas las traducciones sobrecargadas. Lo mejor de Porta/Matsuura es que uno se olvida del japonés. Les agradezco el esfuerzo de traducir un volumen de esta envergadura, sabiendo que este trabajo nunca se puede realmente pagar.

Han pasado casi diez años de éxitos ininterrumpidos de Murakami para que una editorial española caiga en la cuenta de que aquí hay un filón, y decida acercar al lector de habla hispana algo de lo último del autor, *Al sur de la frontera, al este del sol* y *Sputnik Sweetheart*. Estamos de enhorabuena. ¿Puedo sugerir que no olviden *Norwegian Wood*?

Salamanca, 8 junio 2001